II.

ROMA.

Envuelta en sangre y pavoroso estrago
Combate Roma con feroz anhelo:
Llena el mundo su nombre, sube al cielo,
Y las naciones tiemblan á su amago.
Su águila fiera por el aire vago
Hiende las nubes con ardiente vuelo,
Y apenas mira en el distante suelo
Las ruinas de Corinto y de Cartago.
¿Qué la valió? Carbon, Mario implacable,
Y Sila vengador, y César fuerte,
Huellan del orbe á la infeliz señora.
Y otros... ¡Oh Roma grande y miserable,
Que ansiando lauros y poder de muerte,
No supo ser de sí reguladora!

III.

CATON.

De Roma esclava defensor augusto,
De Utica en la ribera miserable
Opónese Caton inexorable
A César vencedor y Jove injusto.
Ajeno de furor, libre de susto,
Contempla su destino inevitable

De la tierra el señor bríndale afable
Su favor y amistad; mas él adusto,
" Desprecio, clama," tu piedad. Mi vida
" Al hado vil justificar pudiera
" Que tu ambicion y crímenes corona."
Dice, rasga su pecho: por la herida
Indignada se lanza el alma fiera,
Y el cadáver á César abandona.

IV.

SOCRATES.

No, jueces, condeneis con ciega ira
De la augusta verdad al sabio amante....
¡Cielos...! el vil Melito ya triunfante
La venganza logró por que suspira
Socrates firme con piedad le mira,
El se demuda, y con igual semblante,
Apurando el veneno devorante,
En brazos de Platon el sabio espira.
Presto remordimientos dolorosos
Aténas siente, y su crueldad gimiendo
Maldice, y sus fanáticos furores.
Temed, mortales, oprimir furiosos
A la virtud sagrada, persiguiendo
Al que osa combatir vuestros errores.

V.

NAPOLEON.

Sin rey ni leyes, Francia desolada
De anárquico furor cayó en la hoguera:
Salvóla Bonaparte: lisonjera
La gloria en cetro convirtió su espada.
Tembló á su voz Europa consternada:
Reyes la dispensó con faz severa
En Moscow, en Madrid su águila fiera,
En Roma y Viena y en Berlin vió alzada.
¿Cómo cayó...? Vencido, abandonado,
En un peñasco silencioso espira,
Dando ejemplo á los déspotas terrible.
Al contemplar su fin desventurado,
Clama la historia, que su genio admira:
¡No hay opresion porfuerte irresistible!

VI.

A D. DIEGO MARIA GARAY,

EN EL PAPEL DE JUNIO BRUTO.

Cónsul libertador, padre de Roma,
¿Por qué nubla el dolor tu adusta frente,
Y en vano reprimido, llanto ardiente
A tus cargados párpados asoma?

Lanza discordia su funesta poma,
Y ansian tus hijos con furor demente
Que Tarquino feroz rija insolente
Al pueblo-rey, que á los tiranos doma.
Dictas fallo de muerte: el pueblo gime
Entre piedad y horror....Con faz umbría
El alma cubres de tormentos llena....
—Tal respiraba en tí, Garay sublime,
Bruto, y fiero, terrible, parecia
El Dios que airado en el Olimpo truena.

LOS SEPULCROS

A DON MANUEL ROBREDO.

¿De lánguidos cipreses á la sombra,
Y en urnas que el amor baña con llanto,
Es mas plácido el sueño de la tumba?
Cuando el sol á mis ojos estinguidos
No resplandezca ya, ni á mis oïdos
Llegue la dulce voz de la armonía,
Ni el tierno amor mi corazon inflame,
Ni el halagüeño porvenir me ria,
¿Podrá darme consuelo yerta losa,
Que distinga mis huesos de otros tantos
Que en la tierra y el mar siembra la muerte?
No, querido Manuel: aun la esperanza,
Diosa final, de los sepulcros huye:

El pavoroso indiferente olvido
Lo envuelve todo en su profunda noche;
Y el hombre, los sepulcros, y ruïnas
De tierra y cielo, en insondable abismo
Sepulta el tiempo con helada mano.
Mas, ¿para qué los míseros mortales,
Al tiempo anticipándose, destruyen
La piadosa ilusion que en los umbrales
De la huesa fatal detiene al muerto?
¿Aun no vive en la tumba, cuando puede
Tras sí dejar recuerdos cariñosos,
O de útil gloria noble monumento?
Esta de afectos comunion divina
Es un celeste dón á los humanos:
Por ella con los muertos aun vivimos,
Y con nosotros ellos. Sus reliquias
De la inclemencia y del profano vulgo
Defiende la piedad. El caro nombre
Conserva el mármol ó la piedra humilde,
Y árboles odoríferos, floridos,
Con blanda sombra las cenizas bañan.
Solo quien al amor negó su pecho,
Se concentra en la tumba. Su alma triste
Se precipita al tormentoso Averno,
O bien se acoje á las inmensas alas
De la clemencia celestial. Su polvo
Cubren los cardos y ominosa ortiga;
Que sobre las reliquias de los muertos

Jamas brotaron apacibles flores,
Si no las riega del afecto el llanto.
Do quier que sociedad juntó á los hombres.
Contra los elementos y las fieras
Guardaron los cadáveres. Las tumbas
Garantizaban los remotos fastos,
Eran aras tambien, y fué temido
Sobre el paterno polvo el juramento.
Los cedros, los cipreses y los sauces,
Llenando el aire con efluvios puros,
Sombra perenne y plácida tendian
Sobre las urnas. Los amigos fieles
Una centella al sol arrebataban
Para alumbrar la subterránea noche
Que en sepulcrales bóvedas reinaba;
Porque siempre los ojos moribundos
Buscan al sol, y el último suspiro
A la nublada luz todos exhalan.
De agua lustral murmuradoras fuentes
Violetas y amarantos producian;
Y los hijos, las madres, las esposas,
Al obsequiar las adoradas tumbas
Con láctea libacion, en la fragancia
Elíseo aroma respirar creian.
Las urnas de los sabios y los fuertes,
Patriótico valor, virtud respiran.
De Maraton las coronadas tumbas
Los magnánimos pechos inflamaron

A los héroes de Grecia, y la semilla
De un bosque de laureles germinaron.
Al contemplar de Washington divino
El modesto sepulcro, nos llenamos
De amor de patria y libertad, y osamos
Luchar con los tiranos y el destino.

A LA NOCHE.

Reina la noche: con silencio grave
Giran los sueños en el aire vano:
Cándida, pura, el silencioso llano
Viste la luna de su luz suäve,
¡Hora de paz....! Aquí, do á nadie miro,
En esta cumbre alzado,
Héme señor del mundo abandonado.
¡Cómo embelesa la quietud augusta
De la natura á la sensible alma
Que oye su voz, y en deleitosa calma
De esa mansion y en su silencio gusta!
Grato silencio que interrumpe el rio,
Distante murmurando,
O en las hojas del viento susurrando.
Ya de la noche con el fresco ambiente
Gira en lánguidas alas el reposo,
Que vela fiel bajo del cielo umbroso,
Y huye la luz del sol resplandeciente.
Invisible con él y misterioso

En llano y montes yace
El bello horror, que contristando place.
¡Cómo en el alma estática se imprime
El delicioso y triste pensamiento!
¡Cómo el cuadro feliz que admiro atento
Es á par melancólico y sublime!
¡Ah! su paz de la música prefiero
Al eco poderoso
Con que se anima el baile bullicioso.
Allí, en salon soberbio, por do quiera
Terso cristal duplica los semblantes:
De oro vestida y perlas y diamantes
Hermosura gentil danza ligera,
Y con sus gracias y afectando hechizo,
De mil adoradores
Lleva tras sí los votos y loores.
¡Admirable es aquesto! Yo algun dia,
De la simple niñez salido apenas,
En los bailes magníficos y cenas
De mi amor al objeto perseguia;
Y atesoré con mágica ventura
De la jóven amada
Un suspiro fugaz, una mirada.
Mas ya por los pesares abatido,
Y á languidez y enfermedad ligado,
Muy mas me place que salon dorado
Este llano en la noche oscurecido;
A la brillante danza prefiriendo

El meditar tranquilo
Bajo este cielo, en inocente asilo.
¡Ah! bríllenme por siempre las estrellas
En un cielo tan puro como ahora,
Y á la alta mano de mi sér autora
Puédame yo elevar, mirando á ellas.
A tí, Dios de los cielos, en la noche
Alzo en humilde canto
La dolorosa voz de mi quebranto.
Te saludo tambien, amiga luna:
Siempre tierno te amé, reina del cielo:
Siempre fuiste mi hechizo, mi consuelo,
En la adversa y la próspera fortuna.
Tú sabes cuántas veces anhelando
Gozar tu compañía,
Maldije el brillo del ardiente dia.
Asentado tal vez á las orillas
Del mar, cuyo cristal te retrataba,
En cavilar dulcísimo pasaba
Las leves horas en que leda brillas;
Y recordando mi nublada gloria
Miré tu faz serena,
Y en tierno llanto desahogué mi pena.
Mas ¡ay! el pecho con dolor palpita,
Herido ya de consuncion tirana,
Y cual tú al esplendor de la mañana,
Palidece mi rostro y se marchita.
Cuando caiga por fin, inunde al menos

Esa luz calma y pura
De tu amigo la humilde sepultura.
Mas ¿qué canto suavísimo resuena
Del inmediato bosque en la espesura?
Es tu voz, ruiseñor, que de ternura
En dulce soledad mi pecho llena.
Siempre te amé, porque debiste al cielo
Genio triste y sombrío,
Tierno y agreste, como el genio mio
Perezca el que á tu nido te arrebata,
Y porque gimas gusta de oprimirte:
¿Por qué no viene, como yo, á seguirte
Del bosque espeso entre la sombra grata?
Salta libre y feliz de ramo en ramo,
En torno de tu nido,
Que á nadie quiero esclavo ni oprimido.
Noche, antigua deidad, que el cáos profundo
Produjo antes que al sol, y al sol postrero
Has de sobrevivir, cuando severo
El brazo del Señor trastorne el mundo;
Oyeme: tú serás mientras me dure
Este soplo de vida,
Celebrada por mí, de mí querida.
Antes del primer tiempo, sepultada
Del cáos en el vórtice yacias:
Inspirada tal vez, ya preveias
A tu beldad la gloria destinada;
Y ociosa, triste, en el sombroso velo

Tu frente rebozabas,
Y en el futuro imperio meditabas.
A la voz del Criador, del Oceáno
Reina saliste, el cetro levantando,
De estrellas coronada, desplegando
El manto rico por el éter vano;
Y al mundo silencioso deleitaba
En tu frente severa
De la alma luna la arjentada esfera.
¡Cuántas altas verdades he aprendido
En tu solemne horror, sublime Diosa!
En el silencio de la selva umbrosa
¡Cuántas inspiraciones te he debido!
En tí miro al Criador, y arrebatado
De fervoroso anhelo,
Pulso mi lira, y me levanto al cielo.
¡Salve, gran diosa! En tu apacible seno
Déjame consolar y recreärme:
Tu bálsamo feliz puede aliviarme
El triste pecho de dolores lleno.
Noche, de los poëtas y almas tiernas
Dulce, piadosa amiga,
En blanda paz convierte mi fatiga!

A WASHINGTON.

Escrita en Monte-Vernon.

Primero en paz y en guerra,
Primero en el afecto de tu patria
Y en la veneracion del universo,
Viva imájen de Dios sobre la tierra,
Libertador, legislador y justo,
Washington inmortal, oye benigno
El débil canto, de tu gloria indigno,
Con que voy á ensalzar tu nombre augusto.
¿Te pintaré indignado
A la voz de la patria dolorida
Volar al arduo campo de la gloria,
Y como Jove en el Olimpo armado
A la suerte mandar y á la victoria?
Magnánimo apareces;
Ríndese Bóston, y respira libre.
Vanamente el tirano
Cuarenta mil esclavos lanza fiero
Para estirpar el nombre americano
Tú, sin baldon, al número cediste,
Y acallando el espíritu guerrero,
A tu gloria la patria preferiste.
Así del pueblo eterno los caudillos
Al vencedor Aníbal contemplaron
Con inmutable frente,
Y la invasion rujiente

A la Púnica playa rechazaron.
Mas luego, en noche de feliz memoria,
Del Delaware el vacilante hielo
Ofreció á tu valor y patrio celo
El camino del triunfo y de la gloria.
La soberbia británica humillada
Es por último en York, y su caudillo
Rinde á tus piés la poderosa espada,
El universo atónito saluda
A la triunfante América, y te adora,
Mientras que la metrópoli sañuda
Tu gloria bella y su baldon devora.
Mas cuando por la paz inútil viste
De libertad la espada en tu alta mano,
El poder soberano
Como insufrible carga depusiste.
Alzado á la primer magistratura,
De tu patria la suerte coronaste,
Y en cimientos eternos afirmaste
La paz, la libertad sublime y pura.
De años y gloria y de virtud cargado,
Con mano vencedora
Rejir te vieron el humilde arado.
Con Sócrates divino te asentaste
De la fama en el templo,
Y á la virtud, con inmortal ejemplo,
La fé del universo conservaste.
Cuando en noble retiro,

De oro y de crímen y ambicion ajeno,
Tu espléndida carrera coronabas,
En este bello asilo respirabas
Pobre, modesto y entre libres libre.
¡Oh Potomac! del orgulloso Tibre
No envidies, no, la delicuente gloria,
Que no recuerda un héroe como el tuyo
Del orbe todo la sangrienta historia.
Por la Francia feroz amenazada
Vuelve la patria del peligro al dia,
Y en unánime voto al héroe fia
De libertad y América la espada.
Los rayos de la gloria
Vuelven á ornar su venerable frente...
Mas ¡ay! despareció, volando al cielo,
Como de nubes en brillante velo
Hunde el sol su cabeza en Occidente.
¡Oh Washington! Protejen tu sepulcro
Las copas de los árboles ancianos
Que plantaron tus manos,
Y lo cubre la bóveda celeste.
Aun el aire que en torno se respira,
El que tú respirabas,
Paz y santa virtud al pecho inspira.
En la tumba modesta
Que guarda tus cenizas por tesoro,
Ni luce el mármol, ni centella el oro,
N entallado laurel, ni palmas veo.

¿Para qué, si es un mundo
A tu gloria inmortal digno trofeo?
Con estupor profundo
Por tu genio creador lo miro alzado
Hasta la cumbre de moral grandeza.
Potente y con virtud; libre y tranquilo;
Esclavo de las leyes;
Del universo asilo;
Asombro de naciones y de reyes.

(1824.)

CALMA EN EL MAR.

El cielo está puro,
La noche tranquila,
Y plácida reina
La calma en el mar.
En su campo inmenso
El aire dormido
La flámula inmóvil
No puede ajitar.
Ninguna brisa
Llena las velas,
Ni alza las ondas
Viento vivaz.
En el Oriente
Débil metéoro

Brilla y disípase
Leve, fugaz.
Su ebúrneo semblante
Nos muestra la luna,
Y en torno la ciñe
Corona de luz.
El brillo sereno
Arjenta las nubes,
Quitando á la noche
Su pardo capuz.
Y las estrellas,
Cual puntos de oro,
En todo el cielo
Vense brillar.
Como un espejo
Terso, bruñido,
Las luces trémulas
Refleja el mar.
La calma profunda
De aire, mar y cielo
Al ánimo inspira
Dulce meditar.
Angustias y afanes
De la triste vida,
Mi llagado pecho
Quiere descansar.
Astros eternos,
Lámparas dignas,

Que ornais el templo,
Del Hacedor;
Sedme la imájen
De su grandeza,
Que lleve al ánima
Santo pavor.

¡Oh piloto! la nave prepara:
A seguir tu derrota disponte,
Que en el puro lejano horizonte
Se levanta la brisa del Sur;
Y la zona que oscura lo ciñe
Cual la luz presurosa se tiende,
Y del mar, cuyo espejo se hiende,
Muy mas bello parece el azul.

A NAPOLEON.

Conjunto incomprensible y asombroso
De oscuridad y luz, de nada y gloria:
Astro á par ominoso
A libertad y reyes, elevado
Por una tempestad á tal altura,
Por otra tempestad de ella lanzado,
Que solo has igualado
Con tu desgracia inmensa tu ventura.
¡Divinidad mortal! Bajo tu planta
Su alba cumbre los Alpes inclinando,

Un camino triunfal te preparaban.
Tu señal aguardaban
Los elementos, mientras disipando
Las tempestades de lluviosa noche,
Para alumbrar tus fiestas,
El sol desde su carro te anunciaba.
Europa te miraba
Con un horror profundo;
Y de tu voz fatídica el acento,
De tus ojos bastaba un movimiento
A conmover el mundo.

Tu soplo animador del cáos sacaba
Las olvidadas leyes.
A los vastos despojos de los reyes
Tu imájen insultaba
Sobre mil y mil bronces. que cautivos
Al orbe tus hazañas referian.
A tu querer los cultos renacian,
De su fraternidad ya se pasmaban,
Y en altares, que juntos humeaban,
Por tí sus oraciones confundian.
"Conserva ¡oh Dios!" decian,
"Al héroe del Tabor: dale victoria!"
"Conserva ¡oh Dios! al vencedor del Tibre!"
¿Por qué añadir entonces no pudieron
Para colmar tu gloria:
"Conserva ¡oh Dios! al rey de un pueblo libre?"

Si quisieras, reinaras todavía.
Hijo de libertad, la destronaste:
Su esterminio juraste
En tu soberbia impía.
Mas la tumba que se abre
A la diosa inmortal, tarde ó temprano
Hiela en su sombra fria
El necio orgullo del mayor tirano.
¡En tu ambicion furiosa,
Fé, justicia ó derechos respetaste?
En vano ya te fuera
La España generosa
De gloria y de peligros compañera:
Esclava la anhelaste;
Mas no quisiste unir otra diadema
A tu doble corona, y en su trono
Un simulacro tuyo colocaste.
Mas no: sus sacerdotes y guerreros
A la lid mutuamente se escitaron.
Supersticiosos, fieros,
Los pueblos al clamor se levantaron.
¡Presagio pavoroso! Las campanas,
Por invisible mano sacudidas,
¡Alarma! resonaban,
Las estatuas antiguas retemblaban,
Y llanto se veia
En sus ojos inmóviles: la sangre
Del Salvador divino de la tierra

En sus yertas imájenes corria.
Por la noche los muertos vagueaban,
Y los fúmebres gritos *¡Guerra! ¡Guerra!*
Do quiera los sepulcros exhalaban.
Una noche.... ¡Atended! Era la hora
En que los sueños lúgubres anuncian
Del sepulcro sombroso
La triste voz; en que el segundo Bruto
Vió á su genio enlutado
Alzarse en el horror de las tinieblas;
En que el feroz Ricardo, atormentado
Por sueño sin reposo,
Los manes vió de su familia entera
Maldecirle, y gritar: "¡Aquesta, impío,
" Es tu noche postrera!"
Solo, en silencio, Napoleon velaba:
La fatiga inclinaba
Su frente poderosa
Sobre la carta inmóvil, que sus ojos
Solo confusamente
Miraban: tres guerreras, tres hermanas,
A su vista se ponen de repente.
Pobre y sin atavíos la primera,
Una vírgen romana parecia,
Morena al brillo de abrasado cielo.
Su alta frente ceñia
Simple ramo de encina: se apoyaba
En un roto estandarte, y recordaba

Un dia sublime de inmortal memoria.
Brillaban tres colores
En sus girones, al francés sagrados,
Del humo ennegrecidos, destrozados;
Pero por la victoria.
"Te conocí soldado:
¡Salud! Héte ya rey," ella dijera.
"De Marengo la espléndida jornada
En tus fastos de gloria
Despues que yo se encuentra colocada.
Soy su hermana mayor; la que en Arcola
Protejí tu carrera,
Dictándote la voz airada, fuerte,
Que el valor de los tuyos reanimara,
Cuando tan grande te miró la muerte,
Que en medio á rayos mil te respetara.
"Trocaste en cetro de hierro
Mi bandera profanada.
¡Tiembla! Tu estrella eclipsada
Palidecer miro yo.
La fuerza no tiene apoyo
Cuando sin freno se mira.
¡Adios! Tu reinado espira,
Y ya tu gloria pasó."
Sobre su frente la segunda unia
A la brillante palma del desierto
Los tesoros que encierra Alejandría.
El fuego con que el sol á Egipto inunda

Sus ojos encendia.
En los hijos de Omar ensangrentada
Ostentaba su mano por trofeo
De Julio César la terrible espada,
Y el ilustre compás de Tolomeo.
"Te conocí de Francia desterrado:
¡Salud! Héte ya rey," ella dijera.
"Del famoso Tabor la gran jornada
En tus fastos de gloria
Despues que yo se encuentra colocada.
Soy su hermana mayor: te debo el nombre
Que al pié de las Pirámides obtuve.
¡Nombre inmortal! Del Nilo en las orillas
Vi los turbantes de Ismael hollados
Por tus caballos rápidos. Las artes
A sus hijos preciados
Allí bajo tu egida colocaban,
Cuando al polvo de Ménfis y de Tébas
Sus misterios augustos preguntaban.
Si te estraviaste entonces
En tu glorioso vuelo,
Fué cual águila noble, que fijando
La vista al sol, y tras la luz volando,
En los desiertos piérdese del cielo.
"Bajo tu cetro de hierro
La quisiste ver ahogada.
¡Tiembla! Tu estrella eclipsada
Palidecer miro yo.

La fuerza no tiene apoyo
Cuando sin freno se mira.
¡Adios! Tu reinado espira,
Y ya tu gloria pasó."
La postrera....¡oh piedad! Sus manos bellas
Cadenas oprimian. Con los ojos
Clavados en la tierra, do sus pasos
Dejaban ¡ay! ensangrentadas huellas,
Se acercaba temblando.
¡PERECE, NO SE RINDE! murmurando.
¡Lejos de ella la pompa y los tesoros
Con que feliz victoria se atavía!
Pero cipreses, bellos cual laureles,
Su noble frente coronaban fieles
Como guirnalda fúnebre y sombría.
"No me conocerás hasta la hora
Que dejes de reinar: ¡escucha, y tiembla!
Ninguna otra jornada
Se ha de ver en tus fastos colocada
En pos de mí. Tampoco
Tengo hermana mayor. Recuerdo amargo
Seré á la tierra de valor y pena.
Libertaré á los reyes oprimidos,
A los pueblos pasando su cadena.
Los siglos dudarán, al ver tu historia,
Si tus soldados fuertes,
De tanta y tanta hazaña escombros vivos,
Compañeros antiguos de tu gloria,

Mas grandes parecieron
En un dia solo que revés sufrieron,
O en veinte años de dicha y de victoria.
Yo al fin echaré del cielo
Tu estrella triste, eclipsada,
Y quebraré con tu espada
Tu cetro férreo y atroz.
La fuerza no tiene apoyo
Cuando sin freno se mira.
¡Adios! Tu reinado espira,
Y ya tu gloria pasó."
Dijo: las tres al cielo
Encaminaban ya su ráudo vuelo,
Y aun el guerrero atónito escuchaba
El fatídico acento, que pesaba
Sobre su alma oprimida.
Mas al redoble del tambor guerrero
Se disipó su imájen importuna,
Cual la pálida lumbre de la luna
Del sol ardiente al esplendor primero.
Creyendo haber domado
Los hijos fieros de Pelayo fuerte,
Sube otra vez al carro vagabundo
En que llevar pensaba por el mundo
La esclavitud y muerte.
De un salto pasa por su vasto imperio.
Los caballos fogosos, anhelantes,
Que se desfallecian

Bajo el cielo del Sur fiero, abrasado,
Para refrigerarse ya bebian
Del Beresina helado.
  Fiado en estrella infiel se adormecia,
Por lisonjeros viles fascinado,
Y cuando ya caia,
De la tierra el imperio meditaba.
Abrió los ojos al fragor del rayo,
Y ¿dónde se encontró?—Sobre una roca,
Do á todos los monarcas inquietaba
Con su vida inportuna.
Mas presente do quier se le miraba,
Grande, cual su desgracia, destronado;
Pero inmutable, alzado
En los escombros ¡ay! de su fortuna.
  Quedó Europa vacía,
Y cubierta de luto la Vicioria.
Así de falta en falta,
De tormenta en tormenta,
Vino á morir sobre el escollo estéril
Do naufragó su gloria.
En torno de su tumba murmurando
El mar su pena ostenta.
  Te recibió un peñasco
Sin corona y sin vida,
Cuando antes contenerte no pudiera
Un imperio vastísimo. A la tumba
Contigo descendieron

Tu imperial porvenir, tu dinastía.
De tarde en ella el pescador reposa,
Y sus pesadas redes levantando,
Se aleja lentamente, cavilando....
En su trabajo del siguiente dia.

HOMERO Y HESIODO.

  En la opulenta Cálcide Ganíctor
De Anfidamas la tumba levantaba,
Y con solemnes juegos
La sombra paternal apaciguaba.
Ya por tres veces sucedido habia
Al estruendoso dia
La sacra noche, y tras de su reposo
Abren de nuevo el circo polvoroso.
Armase el luchador de cesto grave,
Y el óleo baña sus robustos miembros:
Por caballos bizarros,
Como el viento impelidos,
En giro circular vuelan los carros.
  Mas el tercero dia por la tarde
Lucha mas bella y apacible mira.
Los hijos de la lira,
Hesiodo jóven y el anciano Homero,
La palma se disputan
Del canto armonïoso.

Hesiodo empieza, y en su mano pura
Agita un ramo de laurel gozoso.

Hesiodo.

Del Parnaso feliz en las alturas,
Jóven yo mi ganado apacentaba.
Las musas, que me vieron y me amaron,
Con el sagrado nombre de Poëta
Al pastor inocente saludaron.

Homero.

Soñé una vez que el águila sublime
A la márgen del Méles me arrancaba,
Y de la tierra y cielo á los confines,
Llevándome en su vuelo,
Con fulminante voz así me hablaba:
"¡Tuya es la tierra ya, tuyo es el cielo!"

Hesiodo.

¡Oh dulces musas, hijas de Memoria!
Vuestro celeste amor mi pecho anima.
Oliva y palmas crecen en el clima
Que protegeis, y dánle paz y gloria.

Homero.

¡A Júpiter honor! Cuanto supera
El Gárgaro sublime á los escollos
Que oculta entre su seno el mar profundo,
Cuanto el Olimpo al Tártaro domina,
Así á los dioses todos

En gloria vence y majestad divina
El rey del cielo y del inmenso mundo.

Hesiodo.

Las musas en su danza vespertina
Con bello grupo el Helicon coronan;
O al Olimpo elevándose ligeras,
En la copa de Júpiter supremo
Liban el nectar, y su elogio entonan.

Homero.

Jove reina inmortal. El hecatombe
No regará con esparcida sangre
El mármol de su triste monumento;
Y los caballos rápidos cual viento,
Desbocados, feroces,
Jamas harán volcar sobre su tumba
A los carros veloces.

Hesiodo.

Y nosotros mortales, destinados
Al reino de las sombras, bajarémos
A su oscura mansion, y allí verémos
Al barquero infernal, y al triste rio,
Cuya corriente cenagosa y ciega
Sola á los mares el tributo niega.

Homero.

Con paso gigantesco me aproximo
Al término forzoso: